

-: B E T A N C E S :-

Por VICENTE GEIGEL-POLANCO

En tres categorías, perfectamente definidas, cabe agrupar a los hombres que fomentan el progreso social.

Corresponden a una categoría aquéllos que logran la plena realización de sus concepciones o que de manera directa intervienen en la marcha evolutiva de la sociedad, plasmando ideas propias o ajenas. No son precisamente grandes ideólogos, aunque en algunos concurren dotes mentales de extraordinario vuelo. Su nota distintiva es, más bien, la de ser grandes realizadores de ideas. En el campo fecundo de la acción alcanzan sus más altas ejecutorias. Son capaces de llenar toda una época o de imprimir un sesgo nuevo al pueblo en que desarrollan sus iniciativas. Como intérpretes genuinos del momento histórico en que les toca vivir, su zona de influencia abarca a las clases sociales que cuentan con más dinámicos resortes para mover a la comunidad y por ello logran la dirección efectiva de sus destinos.

En otra categoría entran los sembradores de ideas. Precusores de las bienandanzas futuras, auspiciadores de los ideales de mejoramiento, visionarios del porvenir, golpean las conciencias aletargadas de su época con las nuevas verdades. En vital discrepancia con las pautas del hacer y del pensar de su tiempo, ocupan posición minoritaria y sólo de tarde en tarde, por ley de inevitable gravitación de la verdad, se filtra alguno que otro de sus conceptos novedosos en la ideología prevaleciente.

Son los recios forjadores del mañana. Su palabra, alumbrada de claridades desconocidas, no es para los contemporáneos. Es para las generaciones del porvenir, capaces, por una mayor afinación de la sensibilidad y una más honda comprensión del devenir histórico, de plasmar en realidades el nuevo concepto, la insólita teoría, el incomprensido ideal.

Corresponde a la otra categoría un tipo de hombre que interviene como factor de decisivo alcance en la marcha progresiva de su pueblo, impulsando con vigoroso aliento las fuerzas sociales de su época y determinando pasos de positivo avance en la conquista de la civilización y la cultura y que, al propio tiempo, proyecta sus irradiaciones hacia lo por venir en una anticipada postulación de los ideales del mañana. Hombre del momento histórico presente, de la hora vivida, de la realidad circundante, apto para sacudir la sensibilidad de su tiempo y mover su voluntad en dirección del bien, de la justicia, de la libertad, de las bienandanzas físicas y morales, del progreso general en todos los órdenes de la humana actividad, y a la par, y con igual sentido de responsabilidad y con análoga fuerza aleccionadora y con pareja claridad mental,

hombre del mañana, hombre de la hora futura, hombre capaz de bosquejar anticipadamente los programas ideológicos de las generaciones sucesivas en una providencial antevisión de los ideales y las luchas del porvenir. Feliz conjunción de fuerzas anímicas, de dotes de comprensión para captar en sus valores íntimos la realidad presente y la realidad futura y de servir a la comunidad como agente de propulsor aliento, no sólo en la hora vivida, sino en las horas por vivir, no sólo mientras la materialidad del cuerpo da sustento físico a los embates de la acción, sino también cuando, desaparecida la entidad corpórea, el pobre barro humano, sigue el fuego poderoso del espíritu avivando la fe en los grandes ideales, en una misteriosa vinculación del destino individual del hombre de excepción al destino colectivo de su pueblo.

A esta categoría de hombres privilegiados pertenece el doctor Betances. Se enfrenta con las realidades inmediatas de su pueblo. Siente en su entraña la necesidad de mover las conciencias para reparar las injusticias prevalecientes en su tiempo y así da vida e impulso perduradero al movimiento abolicionista. Es su voz la primera que clama con acento cálido y persuasivo contra aquella degradación del hombre por el hombre mismo. Y es la suya la primera voz que convoca a los espíritus mejor dotados para una cruzada contra la ignominia de la esclavitud.

Hombre de pensamiento levantado y de virtudes austeras, hombre de fuerte mentalidad y de conducta inmaculada, hombre capaz de animar altos ideales de bien colectivo y de sacrificar por ellos la vida y la hacienda, la paz del hogar y hasta el goce supremo de vivir en el propio terruño, cuando en el programa de sus luchas anota un ideal de mejoramiento social, no conoce treguas su espíritu combativo y para acelerar su realización todos los resortes de la humana inteligencia le parecen insuficientes, todos los esfuerzos se le figuran exiguos, todas las iniciativas las considera escasas, y quisiera centuplicar la fuerza del brazo, ensanchar la capacidad de la acción y de redoblar los empeños en una total consagración a la causa elegida.

El negro esclavo tiene en Betances el precursor abnegado de su liberación y la patria esclava también tiene en Betances, no sólo la primera voz de genuina protesta, sino el verbo más austero de cuantos se han escuchado en todos los tiempos. "No quiero colonia ni con España ni con los Estados Unidos; deseo y quiero a mi patria libre y soberana, porque sin la libertad no hay vida digna ni progreso positivo." Así postula su ideario político aquel fuerte varón. La historia puertorriqueña no registra una voluntad más insoportable, una dedicación más absoluta al ideal



de patria libre, una fé más viva en el destino de nuestro pueblo, que la suya. Jamás transige con la soberanía española. El reformismo colonial de entonces no le cuenta entre sus adeptos. Prefiere el destierro, la miseria en suelo extraño, el doloroso deambular por otros pueblos en busca de ayuda para libertar al suyo. Cuando sus compatriotas acatan el infortunio del régimen agobiante en paciente espera de mejores días, desde el ostracismo, con la divina impaciencia de los cruzados del ideal, Betances conspira contra la metrópoli y coordina voluntades y allega recursos y enciende entusiasmos y vence dificultades y establece relaciones y prende en las conciencias la necesidad de la lucha armada para alcanzar la libertad. El grito insurreccional de Larés, precisamente por la trágica grandesa de no haber logrado sus objetivos inmediatos, constituye un monumento de imperecedera justicia al recio temple moral de aquellas almas bravas que, con Betances y Ruiz Belvis, bajo la adversidad y la desventura, dejaron a la posteridad la huella imborrable del sacrificio en aras de la libertad. Su fervor no decae porque la revolución de Larés haya sido ahogada en sangre. Ningún esfuerzo se pierde en la lucha por la soberanía. Larés es un jalón de avance en la conquista de nuestra independencia. Betances sabe que las generaciones del porvenir volverán algún día los ojos hacia el humilde pueblecito de la montaña donde la patria libre dió su primer vagido, y con profunda religiosidad contemplarán aquellos campos unguados por el dolor de una generación de hombres insobornables.

Ya que la patria amada no puede brindarle asilo, el apóstol continúa su prédica en tierra extraña. Prosigue la siembra de ideales con nuevos bríos. La palabra suya es cada vez más cálida, cada vez más pura, cada vez más repleta de sentido histórico, cada vez más cargada de porvenir. Para los pragmáticos de entonces, para los utilitarios de la antigua colonia española, parecerá que es la suya una voz clamando en el desierto. Los ingenuos ignoran que aún el desierto sabe recoger en sus entrañas la voz de la verdad para darla íntegra al primer caminante de sensibilidad despierta. La palabra de bien, la voz de justicia, el verbo de verdad, jamás se pierden en el seno de la historia. Día vendrá en que oído afinado percibirá su llamamiento.

Betances rinde a su época una máxima jornada de trabajo en diversos campos del saber y del hacer. Aporta su valiosa contribución a la ciencia, a las letras, a las empresas cívicas, a los esfuerzos civilizadores. La libertad constituye su mayor preocupación. Sin su efectivo disfrute, no concibe vida digna ni progreso positivo. Por eso lucha por la redención del esclavo, por la libertad de Puerto Rico, por la independencia de Cuba. Es, en verdad, un infatigable soldado de la libertad.

Siempre alerta a los destinos de su pueblo, clama en las proximidades de la guerra hispano-americana: "¿Qué hacen los puertorriqueños? Urge que al llegar a tierra las vanguardias del Ejército americano sean recibidas por fuerzas

puertorriqueñas enarbolando la bandera de la independencia, y que sean éstas quienes les den la bienvenida. Cooperen los norteamericanos, en buena hora, a nuestra libertad; pero no ayude el país a la anexión."

Irreductible siempre, erguido como una roca que desafía la tempestad, sordo a los dictados de la conveniencia personal, indiferente ante la miseria que le estruja poco a poco la vida, en aquella alma, septuagenaria, sigue alentando con el mismo fervor de los años mozos la fe en la independencia de su pueblo, y desde París, estrechamente vinculado a la Sección Puerto Rico del Comité Revolucionario Cubano, labora el viejo caudillo por un próximo levantamiento de los puertorriqueños. Así cierra el apóstol la página postrera de su vida, con ese pensamiento proyectado hacia lo por venir, con esa simiente lanzada a los surcos más profundos de la conciencia de Puerto Rico, sin una flaqueza, sin una traición, agitando en todo tiempo la bandera de la soberanía y sentando las bases morales de la Unión Antillana como realidad salvadora de estos pueblos en los días venideros.

Hombres como Betances sobreviven a su época. Su recio perfil de combatiente no desaparece del recuerdo de sus compatriotas ni de las realidades palpitantes de la historia de su pueblo. Su nombre es una bandera de lucha en todo momento. Su vida se alarga en la perspectiva histórica, a través de los tiempos, como una perenne convocación a la lucha por el bien, por la justicia, por la libertad. No enmarcó la influencia vigorosa de su ideología en los estrechos linderos del momento vivido, sino que le dió la fecunda proyección del mañana, dotando así a la posteridad de ideales superiores a las contingencias del tiempo. Por eso, hoy nos sentimos más cerca de Betances que de nuestros propios contemporáneos. Y para reaccionar con probidad intelectual y entereza moral ante los trágicos problemas con que se confronta nuestro pueblo es preciso abreviar en las claras aguas del patriotismo sin tacha de aquel duro viejecito de las barbas luengas. Y cuando anhelamos un paradigma de austeridad cívica, y cuando invocamos una conciencia moral incorruptible capaz de aleccionar a los hombres del presente, fuerza es también volver los ojos del espíritu hacia aquel indomable caudillo de la independencia.

Betances tiene que hacer todavía en nuestro país. No está cumplida su tarea redentora. No vivimos vida digna ni disfrutamos progreso positivo, porque aún falta la libertad. La prédica del apóstol sigue golpeando la sensibilidad dormida de su pueblo. Aún hemos menester de su voz de combate. La mano sembradora continúa tendida hacia los surcos en un cálido llamamiento a la faena inconclusa.

En esta hora de profunda pesadumbre para nuestro pueblo, en que la voluntad de los hombres mejor dotados para la gesta emancipadora se entrega a las flaquezas del fácil vivir de la colonia y sobre las muchedumbres empobrecidas pasa una ráfaga de desesperación y de muerte; en estas horas trágicas en que tal parece que es-



te pueblo ha claudicado definitivamente y en una cómoda actitud de renunciación, ve demorarse el preciado tesoro de su herencia ancestral y, cómplice de su infortunio, abjura de todo empeño de mejor vida; en estas horas de pasivo entregamiento a la ingerencia extraña, yo imagino la sombra venerable de Betances, angustiada y profética, dolorosa y admonitiva, lanzando de nuevo a la conciencia aletargada de nuestro pueblo la terrible pregunta de otros días: ¿Que hacen los puertorriqueños que no se rebelan? ¿Qué hacen los puertorriqueños que ven impasibles la ruina moral de su pueblo, toleran el despojo de sus derechos inalienables, que sufren en silencio la explotación inmisericorde, que contemplan

con indiferencia el atropello colectivo, el vejamen de los hombres, el sacrificio de la juventud, y no perfilan un solo gesto de salvadora dignidad? ¿Qué hacen los puertorriqueños que no claman como un solo corazón y una sola conciencia por los fueros de la justicia, por la justicia del derecho, por el derecho de su libertad? ¿Qué hacen los puertorriqueños que no se rebelan contra la podredumbre prevaleciente, contra la cobardía de los pobres de espíritu, contra los mediocres y los claudicantes que entorpecen el triunfo de sus ideales emancipadores? ¿Qué hacen en fin, los puertorriqueños que no se rebelan contra esta colonia humillante y se dan, como una sola voluntad, a la lucha por la propia soberanía?

ORACION PANEGIRICA

En Memoria del Académico Fenecido Dr. Adolfo A. Nouel,
Arzobispo Vitalicio de Santo Domingo

LA PALABRA DEL MAESTRO

Frases liminares pronunciadas por el Dr. Fed. Henriquez y Carvajal,
Presidente de la Academia Dominicana de la Historia

Damas y Caballeros:

Señores Académicos:

Por segunda vez, a mediados del año en curso, a fines de Junio, se hizo un claro en las claras filas de este centro de estudios históricos i de cultura cívica, con la muerte lamentable i lamentada del dominicano insigne que fué el Doctor Don Adolfo Alejandro Nouel i Bobadilla, ilustre fundador e individuo de número de la Academia Dominicana de la Historia e Ilustrísimo i Reverendísimo Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, en la Primada de América i Atenas del Nuevo Mundo.

El Pastor de la Grei Dominicana se ausentó de la vida —la suya fué tan útil como bella— cuando ya tenía, con algunos meses de diferencia a su favor, la edad septuagenaria que contaba, al morir, su antecesor esclarecido, mi maestro i su maestro, el varón eximio, que asumió un día, como él más tarde, la función ejecutiva del Estado, i que antes, como él, ocupó la Sede Episcopal de la Arquidiócesis Metropolitana.

La muerte de Monseñor Nouel i Bobadilla —aunque no fuese a deshora— elevó el duelo oficial a duelo nacional mui merecidos. La Academia de la Historia le rindió, en un acuerdo de honores i de ofrendas, el tributo debídole a quien, como académico numerario, le prestó su valioso

curso en sus arduas faenas históricas. Esas faenas, siquier limitadas, siquier modestas, en relación con el alto espíritu que la anima e impulsa, han trascendido al exterior i han enaltecido el nombre i el crédito de la Academia Dominicana de la Historia, en ambos hemisferios, con prestigio i honra para ella i con honra i prestigio para la República.

Escogióse este día, natalicio del académico fenecido, para celebrar en su honor esta sesión pública i solemne, la cual —ponderando ahora el valor social de la selecta concurrencia— es más solemne que pública. Aun le dará mayor solemnidad el panegírico que en seguida, como portavoz de la Academia, ha sido escrito i va a ser leído por el distinguido académico D. Ramón Emilio Jiménez, en elogio del prócer religioso, por sus servicios a la Iglesia, i en honra del prócer civil, por sus servicios a la Patria...

Pero antes, señores, os invito a ponerme de pié, como yo lo estoy, para la ofrenda espiritual de un minuto de silencio.

Que este minuto de silencio sea una plegaria, sin palabras, elevada al cielo por el alma noble del mitrado i académico, que, al morir, entró en el reino de Dios bajo el palio luminoso de la Esperanza, del Amor, que es Caridad, i de la Fe cristiana.

